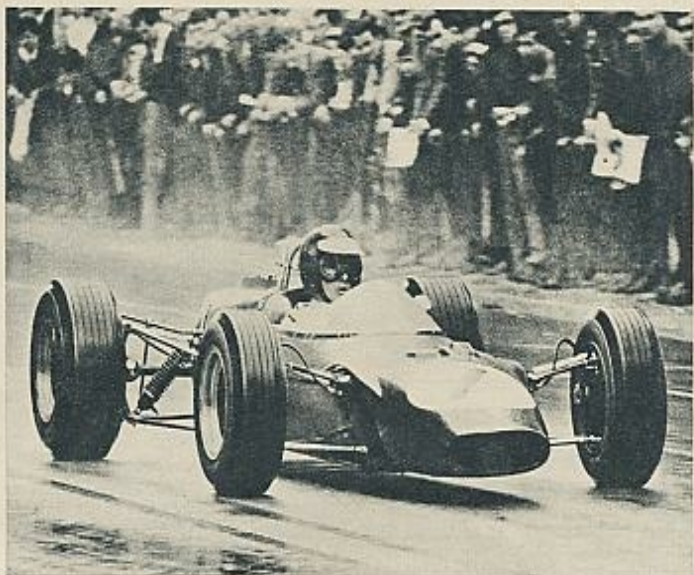


CORRA, BUSQUE Y LLEGUE VD. PRIMERO

LUIS DAVILA

UNO de los programas radiofónicos de más éxito en ciertas zonas de la España de los años cuarenta y cincuenta era el de «Corra, busque y llegue usted primero...». Una noche había que buscar un viejo reloj de cuco; otras, una cornucopia antañona; en ocasiones, un caldero de cobre gitano. Una vez en posesión del objeto había que llegar a la emisora patrocinadora de la competición: «Corra, busque y llegue usted primero». El recuerdo de este programa suele venirme cuando recorro la abundante geografía del deporte convertido en mito del siglo XX. Otro recuerdo que se me impone es un poema de Gabriela Mistral. En él se cuenta la historia de unas niñas que juegan a ser reinas, luego se hacen mayores y... no lo son. El americano Hines tiene el record mundial de los 100 metros lisos en 9"9/10. Es un record que se

mantiene desde 1968. En cambio, los socialistas son los mejores corredores de fondo: Frenkel (de Alemania Democrática) es el recordman mundial de los 20 kilómetros marcha, y su compatriota Hohne, de los 50 kilómetros. En las paredes reales y metafísicas del mundo grandes carteles predicaban el encanto de la educación física: **Contamos contigo, Mejora tu cuerpo y mejoras la raza. Lo importante es competir.** El atleta parece ser la medida de un mundo utópicamente mejor: «El deporte acerca a los pueblos, el deporte enseña a saber perder, la solidaridad universal estaría garantizada si la política la hicieran deportistas», dijo en cierta ocasión Avery Brundage, presidente del COI. Nuestro siglo ha parido todos los mitos que necesitaba, y uno de ellos ha sido el deportivo. Nació como un aborto del capitalismo imperialista, precisamente



JUVENTUD Y JUVENILIDAD

vida real, se niega simultáneamente toda su capacidad para «transmitir» valores: se confunden los valores realmente «viejos», desplazados ya en la vida actual, con los valores vigentes, pero transmitidos por los «viejos».

El tercer mal, que los engloba a todos, es el de la apertura de una guerra de generaciones completamente falsa e innecesaria por la que se derivan esfuerzos que podrán ser realmente pro-

gresistas y útiles. Es un equivalente de la otra fragmentación social artificial que se propone con el enfrentamiento hombre-mujer. Hay «maestros» buenos, hay «maestros» malos: pero hay maestros. La dificultad en separar el magisterio «bueno» del «malo» —naturalmente, estos juicios de valor no son más que una abstracción de lo que necesitaría mayores explicaciones— no se zanja simplemente rechazando todo magisterio. ■ P. B.